LAS PSICOSIS Y LOS NIÑOS *

Elsa Coriat

Los niños llegaron tarde al reparto de diagnósticos.

Cuando la investigación científica, desde Linneo en adelante, comenzó a empeñarse en clasificar, desde lo simbólico, los datos que alcanzaba a percibir de lo real, el investigador no dejó de encontrarse con su propia especie, a la que autodenominó homo sapiens.

El trazado de la geografía interna del cuerpo del investigador, no se distanció en mucho del trazado de la cartografía del globo terráqueo.

Le llegó también el turno al estudio de la dinámica y funcionamiento de ese cuerpo y sus conductas, así como de sus alteraciones -enfermedades físicas y mentales. Pero tanto la medicina como la psiquiatría hicieron sus primeros cuadros en base a un modelo terminado de homo sapiens: el adulto. Los niños quedaron para el final, ... y esto no fue sin consecuencias para la clínica que los implica.

La categoría de psicosis, tanto en psiquiatría como en psicoanálisis, en todas sus distintas versiones, se recortó primero según las características que presentaba en los adultos; a posteriori se pretendió hacer entrar a los niños en el cuadro, tal como estaba previamente definido. Los chicos, tal como es habitual en ellos, se portaban mal: no presentaban, ordenadamente, la lista de signos necesarios como para ubicarlos con tranquilidad en algún lado.

Pero el campo de las psicosis es tan amplio, tanto en sus maneras de presentarse -del lado de los pacientes- como en cuanto a los criterios con que se las define -del lado de los profesionales-, que se hace necesario ubicar una posición al respecto.

Cuando digo "el campo de las psicosis", explícitamente utilizo "psicosis" en plural porque son múltiples sus formas de presentación clínica: ¿qué tienen en común un catatónico, un paranoico o un esquizofrénico?

* Presentado en la Reunión Lacanoamericana de Psicoanálisis de Buenos Aires. 9 al 12 de agosto de 1995.

Entre fines de 1955 y comienzos de 1956 Lacan dicta su seminario sobre Las Psicosis[1].

En 1957 escribe *De una cuestión preliminar...*[2] A partir de allí, el campo de las psicosis queda definido en función de la forclusión del Nombre-del-Padre, significante primordial y específico.

Toda categoría nosográfica, no es más que un conjunto de significantes desde los que se intenta dar cuenta ordenada de las distintas maneras en que lo real aparece en la clínica. Esa definición de Lacan es mi punto de partida, tanto en el trabajo con adultos como en el trabajo con niños.

El problema que quería plantear al respecto es el siguiente: en la medida en que el ser humano no nace con los significantes ya inscriptos en su cuerpo, sino que más bien los tiempos lógicos referidos a la constitución del sujeto, van dando cuenta de las operaciones necesarias para que se realice esa inscripción, ¿a partir de qué momento, en el transcurrir de la vida de cada uno, corresponde decir que el significante del Nombre-del-Padre ha quedado forcluido? ¿A la entrada o la salida del estadio del espejo..., o del complejo de Edipo..., o de la pubertad?

Tanto en nuestra cultura en general, como en el medio lacaniano en particular, lo habitual es considerar que el diagnóstico de psicosis tiene carácter de irreversible. Este sello es tal vez el que genera los principales obstáculos al trasladarse -sin más- a la infancia, una categoría diagnóstica elaborada a partir de la investigación en pacientes adultos.

Psicosis e irreversibilidad son significantes que están soldados, quiero decir que cuando los usamos así estamos holofraseando. Lo hago notar porque quisiera separarlos.

Bachelard ubica como obstáculos del *pensamiento científico*, hábitos puramente verbales.

Y dice más adelante: *Para el espíritu precientífico la unidad es un principio siempre deseado (...). No se puede concebir que la experiencia se contradiga y tampoco que se separe en compartimientos. Lo que es verdad para lo grande debe ser verdadero para lo pequeño e inversamente. (...) Esta exigencia de unidad plantea un montón de falsos problemas. (...) Siempre se encuentra un orgullo en la base de un saber que se afirma general y más allá de la experiencia (...) donde podría sufrir contradicción*[3].

La experiencia nos muestra que la psicosis, en la infancia, es pasible de remitir, incluso sin dejar consecuencias en el devenir de la estructura del sujeto implicado. Esto no quiere decir que sea sencillo, ni tampoco que en todos los casos el mejor trabajo clínico se vea coronado con la entrada en la neurosis, pero a diferencia de los adultos, hay multitud de ocasiones en las que incluso hasta una breve intervención, consigue modificar un destino que se veía obturado.

En nuestro medio, cuando esto acontece, lo que se suele decir es.

"Esto nos muestra que no era psicótico". Así definida, no me parece que la nosografía que se acostumbra manejar sea productiva para la clínica. Pareciera que los psicoanalistas, antes que cometer la "herejía" de establecer un corte entre los significantes "psicosis" e "irreversible", preferiríamos no extraer las conclusiones que nos posibilita un trabajo eficaz.

Lo que tal vez sea verdad para lo grande, no necesariamente es verdad para lo pequeño. Propongo separar el campo de las psicosis en dos grandes compartimientos: **psicosis** (en relación a los adultos) y **psicosis infantil**. Esta no es una novedad, por supuesto; pero propongo adosar, al significante **psicosis infantil** el sello de **pasible de ser modificada**.

Como se ve, en esta clasificación interviene el tiempo como factor diferencial. La población del compartimiento **psicosis infantil** tiene menos años de vida que la de su *adláter*. Lo que trazaría la línea divisoria entre ambos sería la conclusión del pasaje por la pubertad -con el estatuto que Freud le asigna a este concepto-, en la medida en que es alrededor de esa época, que la clínica indica que se completa la construcción de la estructura.

Pasado ese tiempo, la posibilidad de transformación de las bases de la estructura -el pasaje de psicosis a neurosis o viceversa- es prácticamente nula. Esta observación es coherente con otro dato que arroja la experiencia clínica con niños: cuanto más pequeños, más posibilidades hay de operar una transformación, encontrándose más dificultades a posteriori del pasaje por el Edipo.

La forclusión del Nombre-del-Padre queda definitivamente instalada con la conclusión de la infancia, pero no antes. ¿Cómo reconocerla entonces? e incluso ¿a qué llamamos forclusión del Nombre-del-Padre en la infancia?

Es parte del abc del psicoanálisis saber que la función paterna opera la separación entre madre e hijo. Tal vez esté menos extendido saber que para que la prohibición simbólica pueda llegar a operar la castración, es condición necesaria que toda una serie de efectuaciones se hayan producido antes, en los registros de frustración y privación.

Al niño pequeño, la Ley (con mayúscula), la Ley que hace corte, le llega primero encarnada en un otro (con minúscula), un otro que cumple función de tercero. Para que un tercero pueda aparecer es condición necesaria que primero se haya esbozado la experiencia de que él no es Uno ni con el universo ni con su madre, es decir, que se haya introducido en el estadio del espejo, que durante su transcurso haya pasado por la angustia del 8° mes, y que además los haya sorteado con éxito[4].

El Nombre-del-Padre es el significante que se va escribiendo en cada una de estas pequeñas o grandes experiencias de separación. Mejor dicho: será significante cuando el niño se apropie de la palabra; mientras tanto, es la marca que va quedando como saldo del corte ejercido por la función paterna, condición necesaria para que se transforme en significante alguna vez[5].

Cada paso previo es condición necesaria para el siguiente, si, pero no suficiente. Cada uno de estos pasos iniciales requiere de un acto de corte ejercido por el otro, de naturaleza distinta al anterior, y no todos los otros que se hacen cargo de un bebé o de un niño pequeño están en condiciones de efectuar adecuadamente todos y cada uno de los pasos.

Dentro de la patología, es típica la situación de una madre capaz de libidinizar a su bebé como para que éste se introduzca con júbilo en el estadio del espejo, pero que -ya con menos júbilo- jamás salga de allí. Es esta tal vez una de las condiciones necesarias para producir una psicosis infantil.

La psicosis infantil, en esta concepción estructural, es un monstruo de infinitas caras, de múltiples posibilidades fenoménicas. Incluye desde desaforadas hiperquinesias, hasta angustiadas e inhibidas inmovilidades; desde floridas verborragias, hasta mutismos permanentes; desde brillantes capacidades para cálculos numéricos precoces hasta idioteces extremas, sin causa orgánica; desde niños "maleducados", que atraen obligadamente sobre sí todas las miradas, hasta niños tan prolijitos cuya existencia muy bien puede pasar desapercibida.

Cualquiera de estos índices conductuales, por supuesto, puede encontrarse también en un niño no psicótico; pero lo que determina la inclusión de un niño en nuestro cuadro es simplemente que real, simbólico e imaginario, no se anudan en articulación borromea por carencia de inscripción del Nombre-del-Padre. Carencia no es lo mismo que falla: en la neurosis la inscripción es siempre fallida, pero le posibilita al niño el ordenamiento necesario para orientarse en este mundo humano y llegar a tener su propio deseo.

La vía regia para acceder a la lectura del incipiente deseo de un niño es el juego. El factor común observable entre las múltiples manifestaciones fenomenológicas de la psicosis infantil, es que allí no hay objeto que juegue el papel de objeto transicional, es decir, no hay objeto que desempeñe el papel de juguete sosteniendo el despliegue de una historia inventada. Aquí las posibilidades van desde actividades mecánicas y formales con los objetos, hasta simplemente no tocar los chiches o no utilizarlos como tales, pasando por la posesión de un amuleto -aparente objeto transicional detenido en el tiempo, que no hace transición a nada-. Si hay una historia con juguetes, aunque sea mínima, en ella está el esbozo del sujeto.

Sería necesario y posible desarrollar mucho más acerca de nuestra concepción estructural de la psicosis en la infancia, acerca de sus diferencias con la psicosis en los adultos y por qué, pese a ellas, nos resulta productivo utilizar la categoría de psicosis en la clínica de niños, pero prefiero dedicar el espacio que me queda a trabajar algunas de las hipótesis fundamentales que sostienen este trabajo:

La psicosis no es un atributo del ser; ni se nace con ella ni

necesariamente acompañará al individuo que lo porta para toda la vida, por más que a partir de cierta edad y en ciertas condiciones sea prácticamente imposible modificar la estructura, es decir, escribir lo que no se escribió en el tiempo que le correspondía. En esta concepción, carece de sentido decir que un niño es psicótico., en todo caso, un niño está psicótico, sabiendo que podrá dejar de estarlo si tenemos la habilidad o la fortuna de encontrar la interverción adecuada [6].

Precisa un buen diagnóstico es crucial en la infancia en relación al destino del tratamiento, tanto en cuanto a cómo nos ubicamos nosotros frente al niño, como en cuanto a qué buscamos producir en los padres.

Tomemos, a manera de ejemplo, el caso de padres que consultan porque el nene jamás se ata sólo los cordones de las zapatillas. Claro está, que jamás me ha ocurrido que nadie me consulte por semejante tontería, pero es frecuente que aparezca en la lista de reclamos que los padres hacen a sus hijos y, al mismo tiempo, es, en tanto ejemplo, metáfora de todo lo que el nene no hace, o sí hace, pero de manera extravagante.

Tanto de lo que se escucha en el discurso como de lo que se puede leer en lo observable es necesario discriminar (1º) si el nene, pudiendo hacerlo, no se ata los zapatos porque es la mejor y más cómoda manera que ha encontrado de tener atados a sus padres, padres que previamente lo han tenido atado a él, a fuerza de mimos y sobreprotección; o (2º) si el nene no se ata los zapatos, a pesar de sus 7 años, porque alguna disfunción neurológica que afecta el área motriz y que hasta ahora pasó desapercibida, le trae como consecuencia que le lleve más tiempo que a otros niños adquirir la destreza para poder hacerlo; o (3º) si el nene no se ata los zapatos porque ni siquiera **sabe que es un** cuerpo y en **realidad no hay ninguna razón para que lo sepa, puesto que** está en su **interior** [7], o sea que no ha habido inscripción del significante del Nombre-del-Padre discriminando interior y exterior, propio y ajeno, ubicando un incipiente compromiso con la responsabilidad de sus actos en función del pacto con los otros.

Cada una de estas tres situaciones, nos invita a intervenir de manera distinta, según la composición de lugar que nos vamos haciendo en cada caso. Hay todavía una 4ta. y una 5ta. posibilidad, que surgen de la combinación del déficit orgánico planteado en el segundo caso, con la dificultad neurótica planteada en el primero, o con la estructura psicótica planteada en el tercero.

La importancia de establecer el diagnóstico es, antes que nada, para ubicar nuestro propio quehacer; el qué y el cómo de nuestra intervención con los padres no pasa por si les informamos o no de la psicosis de su hijo.

Pero volvamos a la tajante línea temporal que establecimos entre el compartimiento de **psicosis** (en los adultos) y el de **psicosis infantil**. Hasta cierto punto, para fundamentarla bastaría con la observación empírica de

que la posibilidad de remisión de una psicosis aumenta en función inversa a la edad cronológica; sin embargo, hay algo más que, desde otro registro que el del psicoanálisis, contribuye a explicarlo y fundamentarlo.

El concepto de Forclusión del Nombre-del-Padre es equivalente a decir que no hay inscripción de tal significante. En mi trabajo Proyecto de neurologia para psicoanalistas,[8] presentado en la última Reunión Lacanoamericana, propuse la metáfora de que el papel donde la mano del Otro escribe los significantes fundantes, es el sistema nervioso central.

No deja de ser una metáfora, pero tampoco deja de tocar lo real.

La investigación científica de las últimas décadas, ha comprobado fehacientemente hasta qué punto lo de la prematuración no es tan sólo un mito del psicoanálisis, construido para explicar la diferencia entre instinto y pulsión o dar cuenta de la constitución del aparato psíquico.

Nacemos con un cerebro *prete-a-porter*, es decir, fabricado por la maquinaria biológica de la especie, según el programa indicado en el código genético. Ese cerebro préte-a-porter no está concluido. A partir del momento en que llegamos al mundo, las terminaciones le son efectuadas ...a mano - me refiero a la mano del otro que se ocupa de ejercer la función materna-. Sobre la página en blanco, apta para ser escrita, se van escribiendo las primeras huellas mnémicas, las primeras letras. El cerebro del bebé es increíblemente plástico; esas marcas de las primeras experiencias son, de hecho, el armado mismo de una serie de conexiones neuronales que no vienen dadas desde antes, sino que se van conformando de acuerdo al acontecer postnatal.

Cambiemos ligeramente los elementos de mi metáfora y en vez de papel, imaginemos que se está escribiendo sobre masilla con un punzón. Aunque no sepamos nada de alfarería, sí sabemos que los trazos que son inscriptos mientras la masilla está fresca son fáciles de hacer; a medida que el tiempo pasa, la masilla se va secando y es cada vez más difícil, establecer alguna marca en ella. A partir de cierto momento del proceso, a lo sumo se puede pintar su superficie, pero ya no modificar la textura básica que ha quedado impresa. La masilla se encuentra inhabilitada para cierto tipo de inscripciones.

Lo mismo ocurre con la plasticidad neuronal. Si el significante del Nombre-del-Padre no hizo la marca que le correspondía antes del año, hay bastantes chances de conseguir retocarlo a los 3 y bastantes menos a los 6, mientras que, a los 25 digamos, ya resulta prácticamente imposible.

A lo largo de los distintos tiempos de la infancia puede ir siguiéndose, por sus efectos, cómo marchan las sucesivas inscripciones o reinscripciones del Nombre-del-Padre. Si no hay angustia de los ocho meses; o si la hay pero no se sale de ella; o si se sale de ella pero no hay interés en jugar al *fort-da* o a las escondidas; o si se sigue diciendo "yo" por "vos" o "vos" por "yo", más allá de las primeras semanas de ensayo en el uso del lenguaje; o si se sigue viviendo todo el tiempo en el espejo; o cuando no hay juego propio intentando construir un sentido; o cuando uno se encuentra con un robot, que sólo funciona si el otro le da cuerda... No hace falta encontrarse con un delirio sistematizado o con una sistemática incoherencia discursiva para diagnosticar psicosis en la infancia. Muchos de los chicos llamados "sobreadaptados", están psicóticos porque sus actos no se sostienen en la elaboración y anudamiento de las propias marcas, sino en la mirada y en el goce de un Otro encarnado en cualquier otro.

Concluyo dejando abierta una pregunta cuya respuesta seguiré trabajando en alguna otra oportunidad: ¿por qué, si en tanto psicoanalistas consideramos que la psicosis nada tiene que ver con una etiología orgánica, es tan abundante la frecuencia con que encontramos alguna patología de ese orden en los niños que padecen de psicosis?

Interv.: En una conferencia, Lacan dice que cuando el niño es el objeto transicional de la madre entramos en el terreno de la psicosis. ¿Vos tenés algún caso clínico que pueda ampliar esta frase, no paradigmática, pero que sí ha dado que pensar?

E. Coriat: Lacan dice que si el niño es el objeto transicional de la madre, entramos en el terreno de la psicosis. Les pido que me ayuden a analizarlo porque antes nunca lo había pensado, si bien alguna otra vez lo escuché.

Interv.: Se trata de un objeto que recorta: une y separa. Lacan toma el objeto transicional de Winnicott, pero hace algunas apreciaciones.

E. Coriat: El objeto transicional es un concepto de Winnicott, y es de los pocos conceptos que Lacan toma de otro autor. No es que Lacan diga otra cosa sobre el objeto transicional; lo que pasa es que el objeto transicional en Winnicott es presentado por Winnicott en su estructura teórica, es decir, dentro de los conceptos que Winnicott maneja. En la estructura teórica de Lacan creo que lo dice en "Subversión del sujeto", el objeto transicional es ubicado como objeto a.

Interv.: ¿Cuál sería entonces la función del objeto transicional para Winnicott y para Lacan? Lo interesante es cuando Lacan dice si la madre toma al niño como objeto transicional. Me parece que nos conduce a ubicar

esto en relación a la no castración de la madre. Porque si el niño va a ser el objeto transicional, hay algo como en construcción en la madre.

Interv.: Yo pensaba si no habría que cortar directamente lo de transicional para decir que cuando el niño es el objeto de la madre ahí adviene la psicosis, para completarlo con esa otra fórmula donde él habla concretamente del niño como objeto de la madre, como objeto a.

Interv.: Lo que ocurre es que hay distintas maneras de ser objeto a. Yo he podido encontrar una diferencia en el objeto transicional entre lo que dice Winnicott y lo que dice Lacan. El objeto transicional, Winnicott lo elabora en relación al espacio transicional ubicado entre el niño y la madre. En este sentido es transicional, porque aún no es objeto causa; es transicional a que sea objeto causa. Y destaca la fuerza del objeto. Por eso señala que siempre es el mismo; por ejemplo, cuando de la frazadita dice: "y anda hasta con las hilachas de la frazadita". Para que sea causa y, por lo tanto, pueda ser sustituible, debe terminar de caer.

En relación a la pregunta de Cristina se me ocurría -lo pongo a consideración de todos-, si sería posible que estuviera como objeto del fantasma de la madre. En ese sentido también quiero hacer una diferencia: una cosa es la identificación al deseo del Otro y otra es ser el a para el Otro.

E. Coriat: En lo mismo que se dijo hay dos sentidos. Si un nene no es el objeto del fantasma de la madre, digamos que hay problemas. Un chico tiene que ser el falo de la madre; sino no hay libidinización. Pero Lacan ahí hace la diferencia: tiene que estar como falo imaginario.

En un lugar habla de una diplopia en la madre. ¿Tienen presente qué es una diplopia? Recuerdo esas historietas cuando era chica que traían color verde y color rojo, y había que mirarlas con unos anteojos porque estaba duplicado. Bueno, eso es diplopia. Es como que hay dos cosas que están superpuestas. Esto mismo, tratándose de la madre, es ver al hijo como falo imaginario, pero al mismo tiempo sin que sea el falo. La madre, si es una madre neurótica normal, sigue buscando otra cosa.

Interv.: Es transitorio.

E. Coriat: Ni siquiera transitorio. Hay ciertas cosas en el carácter de falo que el chico tiene para ella, en cuanto al lugar privilegiado que representa, que sí son transitorias. Pero al tiempo mismo, es decir, cuando el bebé incluso tiene un mes, o desde el momento que nació, la madre, así como está pendiente de su bebé, también está pendiente de muchas otras cosas.

Interv.: Por empezar, la condición de existencia es ser el falo. La cuestión de que sea imaginario antecede, esto es: ya debe estar operando en la estructura de la madre para que sea este falo imaginario.

E. Coriat: A veces sí, pero no del todo. Es decir, es totalmente cierto que en la estructura se viene preparando desde la infancia de los padres el lugar que va a ocupar un hijo. Pero sea lo que sea lo que está preparado para ese lugar, también depende de las contingencias del nacimiento mismo. Pensemos que cada hijo es diferente, y cuántas veces hay en una familia tres chicos perfectamente normales y uno psicótico, y sin embargo la estructura de la madre es la misma.

Todo se prepara en un tiempo anterior, pero esta emergencia tiene que ver a su vez con otras sobredeterminaciones. Por ejemplo: si se trata del primero o del segundo hijo, si nace un nene normal o un nene con un defecto orgánico. Entonces, una de las maneras de formalizarlo es que está como objeto, como objeto falo, que puede ser falo imaginario, lo cual es la situación normal y esperable, o como falo real, es decir, como un objeto real, inclusive no con el carácter de que sea absolutamente adosado y que sea el falo real implique que sea lo más preciado de todo. Es como que es una parte del cuerpo de ella, que entonces no le importa. Y esto de que sea una parte del cuerpo de ella en la clínica es impresionantemente gráfico, ya sea por la manera de tenerlo upa, o a veces -esto ya más metafóricamente- ya no en lo real, cuando uno le hace una pregunta al nene y contesta la madre. Esto también se da en la neurosis; no hace falta que hablemos de psicosis.

Interv.: Quería tomar algo que vos traías. Me parece que tu trabajo pone el eje en el cruce entre el tiempo cronológico y el tiempo lógico. Siempre es difícil articular esta tensión, sin ir más lejos esta pregunta de cuándo es demasiado tarde. Vos aventurabas una respuesta.

Me parecía que el objeto transicional también estaba en esta línea, de que en última instancia un objeto es transaccional en relación a la estructura y, en todo caso, transicional en relación al tiempo. Hay algo de este cruce que es lo difícil de articular, porque algo debe haber caído para que se articule un objeto. Pero al mismo tiempo, hay otra vuelta en la constitución del objeto cuando algo se articula de la castración. Uno remite a una cuestión como más evolutiva: la transición a... Pero al mismo tiempo, ahí ya hay algo que ha caído para que se pueda haber producido este desplazamiento. Aquí me parece que hay un cruce interesante para tomar.

E. Coriat: No entendí lo que decías sobre objeto transaccional.

Interv.: Transaccional lo planteo en el sentido del síntoma: siempre

hay transacción, no transición como lo que enteramente se va deslizando de un lugar a otro, sino esto que precisamente remite a un cruce, a una situación conflictiva, a algo de la pérdida, de la articulación de una pérdida.

E. Coriat: Me interesa retomar este aporte: lo de objeto transicional y tiempo. ¿Qué es lo primero que pensamos cuando decimos objeto transicional? ¿Cuál es el primer objeto transicional por excelencia? Para mí era el osito; después empiezo a leer y aparece la frazada, el chupete. Cada chico elige su objeto, pero además hay un pequeño detalle: Winnicott en realidad no lo presenta con lujo de detalles, pero se da perfecta cuenta de que las características del objeto transicional en los diferentes tiempos de la infancia son completamente diferentes.

Es decir: en un sentido la frazadita, la sabanita que toca el bebé de tres meses puede ser un objeto transicional, pero el lugar que ocupa en la estructura es totalmente distinto, el valor que tiene es distinto, porque justamente hay una diferencia fundamental entre lo que es el objeto antes y después de la angustia de los ocho meses. El osito y la muñeca aparecen después de la angustia, es decir, cuando la forma del cuerpo humano ya está con una libidinización especial. Los trocitos de chiche, sabanita o el pecho de la madre, el estatuto del objeto mismo es totalmente diferente al de después, esto es, la figura humana. La persona se diferencia después de los ocho meses, y eso es llevado también a las características del objeto. No puede haber antes: antes el osito no le puede interesar como osito; después sí sostiene este valor.

Siguiendo con esto de los tiempos, recordemos que Winnicott incluso habla de espacio transicional hasta para los adultos, y ubica las obras de arte. Yo digo que los juguetes, cualquier juguete es un objeto transicional; lo único es que cuando hablamos de juguetes en general estamos pensando en juegos, *play mobiles*. Es un objeto transicional que está como más socializado, más compartido, porque lo que entiendo es que el objeto transicional es como lo que el nene necesita para elaborar los significantes, para metabolizar los significantes.

Retomo la pregunta inicial. Seguramente Lacan dijo esto de que si el nene es un objeto transicional para la madre esto determina la psicosis, pero no hay muchas articulaciones al respecto. Incluso pensaba que habría que ver en qué sentido lo dijo, porque:

a - Por un lado puede decir hacia la psicosis en tanto se supone que una mujer adulta no necesita de objetos transicionales, aunque hay por supuesto madres (y esto se ve mucho en las adolescentes que tienen un hijo) donde uno no puede vislumbrar si es un hijo o una muñeca que le salió. Aquí esto también trae problema. Esto sería un ejemplo de cuando realmente es totalmente un objeto transicional.

b - Por otro lado, cuando estaba escribiendo esto, y estaba poniendo tanta insistencia en la falta de interés en los objetos de los chicos psicóticos, es decir: o un interés mecánico, hacer cosas mecánicas con los objetos o, y esto la verdad lo encontré aún más, de no querer agarrar nada. Uno les puede presentar cualquier cosa y ellos nada, andan por ahí quietos o hablando, pero sin usar los juguetes. O aquellos nenes psicóticos que tienen un amuleto: algo prendido o un objeto del que no se pueden separar y que parece un objeto transicional, es decir, que lo hubiera sido. En el Lacano escuché un material interesantísimo presentado por una psicoanalista que había trabajado con un muchacho psicótico grave, muy muy desarmado, de 21 años. La analista había conseguido, a partir de los retacitos de historia de lo poco que decían los padres y los pocos fonemas que expresa este muchacho, pescar las pistas de un juego que había sido importante para este muchacho a los 7 u 8 años: los ladrillitos. Ella trae el juego y de ahí retomó. Jugando con este casi hombre, pero armando un juego de entrada como si fuera un chico, retomando desde lo que parecía ser algo de objeto transicional. Desde ahí arrancó. Por eso decía que el amuleto de los chicos psicóticos es como un objeto transicional congelado en el tiempo que no hace transición.

Interv.: Yo quería tomar la idea de objeto de una manera muy elemental, por oposición a sujeto. Luego pensaba que cuando una madre no ve en el hijo a un sujeto, este hijo está capturado en su valor de objeto. También recordaba que Lacan no hace de entrada, una distinción entre falo y objeto, y esto también da lugar a confusión, porque creo que si el hijo hace de, no lo es; hace de falo imaginario, en tanto la madre lo tiene simbolizado, a diferencia de cuando si es un objeto.

Por otro lado, recordaba que Winnicott adjudica al objeto transicional una paradoja. Dice: es algo que la madre ofrece, pero a su vez es algo que el hijo toma, y agrega que él quiere que se sostenga como paradoja. Entonces si el hijo es el objeto, no le puede ofrecer objeto alguno.

E. Coriat: En las diferentes intervenciones le estuvimos dando como diferentes valores al significante Objeto: la diferencia entre objeto y falo. Y en la Subversión del sujeto también vemos la lista, digamos, de los objetos de la pulsión; al falo imaginario lo pone justamente en esa lista: hay un espacio donde el falo imaginario es el objeto. Hay otros casos donde conviene hacer la diferencia entre falo y objeto.

Otra cuestión más: recién cuando mencionábamos el objeto, el objeto causa, el objeto del fantasma, etc. En lo que me quiero detener es en esto: en el objeto *a*, cuando yo decía el objeto transicional, el objeto *a*, o en general cuando decimos que algo es el objeto *a* es una abreviatura de I (a), de la imagen de a. En realidad los objetos son el investimento de a. Es decir que el

objeto *a* es justamente el que está perdido (cuando está perdido), y las cosas que llamamos: "este es el objeto *a* de tal", o esto está funcionando como objeto a, obviamente se trata de un investimento.

En todo el primer tiempo de la infancia, en el pasaje por el complejo de Edipo, es donde hay algo que se inscribe del objeto como perdido, acercándose mucho más al estatuto del objeto que ya tiene en el adulto. Antes lo que está es la experiencia en lo real de la separación. Si ustedes recuerdan, Francoise Dolto plantea que habría castraciones previas al complejo de castración: el nacimiento, la separación del pecho de la madre, cosas que Freud y Lacan consideran que no tienen el mismo valor. Pero, por otro lado, son como una condición previa: algo de la experiencia en lo real hace falta. Un chiquito que está todo el día pegado a la madre, por todos los lugares, o que está todo el tiempo con la mamadera en la boca, que no tiene la posibilidad de hacer esta experiencia de separación, no podría llegar a atravesar el Edipo vivido desde él.

Interv.: Respecto a la nosografía vos planteas una diferenciación entre psicosis en los adultos y psicosis infantil. Dentro del campo de la psicosis infantil, encontrás útil hacer una nosografía como, por ejemplo, autismo o formas infantiles de paranoia o esquizofrenia.

E. Coriat: Yo diría que sí. ¿Por qué llamar a todo psicosis habiendo situaciones particulares tan distintas? Uno no puede decir que las situaciones son más o menos parecidas porque son todas psicóticas: hay algún punto en el que son parecidas, pero hay otro montón en el que son diferentes. Ahí sí me parece que es necesario arribar o hacer una nosografía más o menos compartida.

Interv.: Por ejemplo, en relación a la diferencia entre autismo y psicosis, hay algunos que toman a la psicosis como una estructura y al autismo como una a-estructura.

E. Coriat: Me parece que hay que hacer una diferenciación en el campo de la psicosis, pero no ubico al autismo en el campo de la psicosis. Tampoco lo llamo a-estructura. Hablo de autismo cuando el niño no ocupa lugar alguno de objeto libidinizado. Para llegar a ser psicótico hay que haber sido libidinizado como objeto. Un psicótico entra en el estadio del espejo, y para entrar en el estadio del espejo hay que ser libidinizado. Los chiquitos autistas no entran en el estadio del espejo, o si por algún acontecimiento posterior ello se pierde, lo que observamos es que no fue libidinizado y, en consecuencia, no hubo inscripción del significante. Los chicos autistas están en la estructura: pensemos en esto tan característico y justo de abrir y cerrar puertas, esto de

estar tan en el borde, la puerta como expresión significante en sí mismo, d algo que se puede pasar, de algo con valor de límite. El niño autista como qu se queda ahí sin poder estar, sin poder quedarse ni de un lado ni del otro, sin poder entrar en el universo significante, pero está ahí.

Interv.: No entrar en el universo significante ¿significa también qu no puede hablar? Un chico que habla, ¿puede ser autista?

E. Coriat: No hace falta que sean mudos para que sean autistas. Ha chicos autistas que producen fonemas. La cuestión es ¿qué son esos sonid que salen de la boca? ¿Son representación de algo?

Interv.: Vos hablabas de estas operaciones afortunadas y oportun que un psicoanalista puede hacer para provocar esta no irreversibilidad. M gustaría que te explayaras más sobre esto.

E. Coriat: Uno de los trabajos que traje era un material clínico don voy contando las cosas que pasan; se ve cómo se va avanzando. Yo tengo certeza de que tiene que ver con haber venido a tratamiento conmigo ahor Cómo encontrar el punto exactamente: esa es la cuestión.

El punto es: ¿qué es lo que se hace cuando traen a un chico tratamiento? Quiero primero dejar claro que no es que tenga una técni para los psicóticos y una para los neuróticos. De lo contrario, primero har el diagnóstico y si fuera psicótico lo trataría de esta manera y si es neuróti de esta otra. En general la propuesta es ver dónde el chico lo pone a uno, q es lo que surge de ahí, qué tipo de juego propone.

Si no propone ningún juego tratar de pensar como juego esto que está haciendo conmigo en forma totalmente seria. Así sea esconderse, aunq no vaya a jugar a las escondidas, sino simplemente no hablar, pensarlo con juego porque simplemente es un chico. Eso no quiere decir que me lo tome broma.

En general los chicos que llevan a tratamiento son chicos que no tien muchas oportunidades de jugar, de encontrarse en situaciones con pares, ir elaborando a través del juego toda la cuestión de vivir en este mun significante; simplemente no tienen posibilidad de jugar. Por eso me pare que uno esté ahí dispuesto a encontrar el juego, y aún más también proponerlo desde el momento que uno ya pescó qué es lo que el chico quier que le propongan. Esto es lo que sirve como punto de apoyo para que empiece a pasar ciertas cosas con la estructura.

En cuanto a lo de afortunado voy a comentarles una anécdota consultorio hace poco: es un nene que llega a los 4 años. Ya sabe leer escribir; aprendió solo: los padres no se pusieron a enseñarle; él preguntaba

Dibujaba muy bien las letras y las palabras que se le ocurría escribir, que no eran muchas, y no tenía errores de ortografía. Escribía BARILOCHE; en realidad escribía BURILOCHE, pero estaba en el hotel Buriloche: no era un error de ortografía.

Pero al mismo tiempo era un niño de 4 años absolutamente tieso, serio, formal, que jugaba y hablaba con voz de otro. Este nene ahora tiene 6 años. De entrada lleva al consultorio el juego del bucanero, justo un juego de letras. Fueron apareciendo distintas cosas en diferentes tiempos del tratamiento. Ultimamente se divierte con este juego en este punto: pone una moneda arriba de la tapa de la caja y dice: si la dejo aquí se queda. En otro momento la pone al borde de la mesa y dice: yo la dejo aquí y se queda. Después de hacer dos veces esto último yo la pongo más al borde y digo: yo la pongo aquí y no se queda Esto lo divirtió muchísimo.

Una vez me preguntó: "Este juego, ¿lo trajiste vos acá?"

Le contesto: "Yo no lo compré. Me lo regalaron, pero yo lo traje acá".

"¿Quién te lo regaló?"

"Mi abuelo".

Acá cuento que metí, porque entraba, porque no había ninguna cuestión, que efectivamente ese juego me lo había regalado mi abuelo cuando tenía 6 años. El está en esto de las generaciones.

"¿Cómo se llama tu abuelo?"

"León".

"No", me dice.

"Y sí, que le vas a hacer, se llamaba así".

Y la sesión siguiente inventa un juego, donde ya venía sacando desde hacía un tiempo una caja llena de animalitos de plástico desde el placard. La abría un ratito y la cerraba enseguida. Yo protestaba por los animalitos que se alegraban cuando él la abría y que al fin podían salir, pero enseguida la volvía a cerrar y la volvía a meter en el placard. Esta vez hizo lo mismo, pero quedándose ahí al lado del placard y dice:"callate, callate, dejame hablar con la doctora Elsa".

"¿quién está ahí?"

"El león."

Y yo me voy corriendo porque hay un león.

"No. Es un león bueno."

"¿Se puede tocar?" Y hago como que lo acaricio.

Yo sentía como que había un león que era como la materialización en el espacio. Ahí lo mágico, lo diferente, que puede parecer una tontería, pero lo que este nene tenía era justamente esto: unas dificultades enormes en esto de que el significante produjera, armara, creara una forma imaginaria. Apartarse de lo concreto de los objetos e inventar. Este era el primer objeto totalmente inventado.

Creo que la mínima cuestión afortunada, de casualidad, es esto de que mi abuelo se llamara León. Este significante sacado de cualquier lugar pasa a tener esta función.

Después me preguntó cómo se llamaba mi papá.

"Jacobo León."

"Igual que la calle de mi casa."

"¿Por qué?¿Cómo se llama la calle de tu casa?"

"Cobos."

Esto no siguió prosperando. Esto de tomarlo ahí en la calle de su casa fue como la primera vez que hizo como un lapsus auditivo: él escucha Cobos cuando yo dije Jacobo, porque en realidad soy yo la que hace juego de palabras y él me pide que hable en serio.

Interv.: Este corrimiento significante del que habla Lacan ¿podría ser pensado como una cuestión de tipo metafórica, donde León podía ser otra cosa?

E. Coriat: Hay un desplazamiento por el lado de que yo le doy un nombre, que además es de los nombres que quieren decir otras cosas, el de un animal nada menos, que en general tienen una importancia especial a esta edad. Algo de ese significante en todo el contexto hace que la vez siguiente algo tome de eso de la sesión como para inventar un objeto imaginario.

En general cuando uno presenta un material lo presenta perfectamente articulado, conectado con toda la historia de los padres, sabiendo ya de qué se trataba. Pero esto es una lectura a posteriori. Me parece que es imposible calcular de antemano el tipo de intervenciones que van a hacer las que realmente abran camino. Lo que no significa que no haya que pensar mucho el material y trabajar mucho y que haya que romperse la cabeza. Porque eso de que las intervenciones afortunadas aparezcan, esas que uno no previó, dependen en mucho también del terreno previo que uno tiene trabajado. Es decir hasta donde uno tiene pensado el material de manera previa porque es ontáneamente se le ocurra algo en el momento.

Interv.: Me interesaría que aclararas un poco más esta cuestión de las marcas prev as.

E. Coriat: Hasta que un chico se apropia de las alabras, hasta que empieza él a usar los significantes, esto es, todo el tiempo en que es un bebé, ya que cuando empieza a apropiarse de la palabra empieza a ser un nene. En tanto es un bebé el significante está del lado del Otro. Es el Otro desde el significante el que hace marcas, es decir, las marcas quedan del lado del bebé.

Muchas veces Lacan habla de significante primordial en relación a lo que Freud llama el tiempo de la represión primaria, la *Behajung*. Pero en los primeros meses no puede haber significante del lado del bebé; lo que puede haber es una marca. Aquí estamos articulando un concepto teórico que nos sirve para trabajar, pero no se trata de que uno puede ir a ver allí si está o no la marca. En algunos momentos yo también uso el término significante primordial como lo usa Lacan, pero en otros casos conviene aclarar que no son significantes del lado del bebé. Son significantes en la estructura de conjunto, porque el bebé no está suelto en el mundo: está inmerso en una estructura significante. Pero una cuestión es en lo que está inmerso el bebé, y otra es la estructura psíquica del lado del bebé. Por eso quería situar esa diferencia.

° El presente trabajo está publicado en el libro "Psicoanálisis de bebés y niños pequeños", de la misma autora.

BIBLIOGRAFIA

1) Jacques LACAN: *Seminario III: Las psicosis*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1984.
2) Jacques LACAN: *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*, en Escritos. 2, Siglo veintiuno Editores, Argentina, 1985.
3) Gastón BACHELARD: *La formación del espíritu científico*, Siglo XXI Editores, México, 1946, pág. 87 y 103.
4) Ver, por ejemplo, el Seminario IV: La relación de objeto y también el Seminario V: Las formaciones del inconsciente, de Jacques Lacan.
5) "El significante entonces está dado primitivamente, pero hasta tanto el sujeto no lo hace entrar en su historia no es nada; adquiere su importancia entre el año y medio y los cuatro años y medio. El deseo sexual es, en efecto, lo que sirve al hombre para historizarse, en tanto que es a este nivel donde por primera vez se introduce la ley". Jacques Lacan, en Seminario I: Los escritos técnicos de Freud, clase del 15/2/56, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1981 , pág. 225.
6) Esta formulación me parece coherente con un comentario que hace Lacan en relación al caso de Roberto (¡El lobo! ¡El lobo!): "Ciertamente no se trata de una esquizofrenia en el sentido de un estado, en la medida en que usted [Rosine Lefort] nos muestra su significación y movilidad. Pero hay allí una estructura esquizofrénica de relación con el mundo (...) No hay ningún síntoma de ello en sentido estricto, sólo podemos pues situar el caso en este cuadro (...) para situarlo de modo aproximativo. Pero ciertas deficiencias, ciertas carencias de adaptación humana, abren hacia algo que, más tarde, analógicamente, se presentará como una esquizofrenia.(...) Después de todo, no tenemos ninguna razón para pensar que los cuadros nosológicos están delimitados y esperándonos desde la eternidad. Como decía Péguy, los tornillitos siempre entran en los agujeritos, pero existen situaciones anormales donde los tornillitos no corresponden ya a los agujeritos. Que se trata de fenómenos de orden psicótico, o más exactamente de fenómenos que pueden culminar en una psicosis no me cabe duda". Seminario I: Los escritos técnicos de Freud, Ed. Paidós, clase de 10/3/54, págs 164/6.
7) Jacques Lacan: Seminario I: Los escritos técnicos de Freud, clase del 5/5/54, Ed Paidós, Buenos Aires, 1981, pág. 253.
8) Elsa Coriat: Proyecto e neurología para psicoanalistas. en Atas da Reunia Lacanoamericana de Psicanalise de Porto Alegre, Brasil. 1993.